

XXXVIII.

“Piedad . . . piedad” . . . apenas pronunciaba,
Trémulo el labio de la triste Elena,
La fuerza por instantes le faltaba,
Quiso moverse con trabajo y pena;
Pero al suelo cayó: la fatigaba
El cruel dolor, y desmayada, y llena
De frío sudor, sobre el marmoreo suelo
Quedó cubierta con su blanco velo.

XXXIX.

El monge, al punto, de piedad movido,
Del altar con la lámpara brillante
Bajó las gradas al oír el ruido;
Y de Elena, al llegar hasta delante,
Quedó de pena, el monge conmovido:
A la luz de la lámpara, al instante
Tomó aliento la vírgen, y de hinojos
Quedó, sin descubrir sus negros ojos.

XL.

“¿Quién eres, dí, angélica hermosura,
Que te atreves en noche tenebrosa
A cruzar el collado y la llanura
Sola, sin guía? Alzate, reposa,
Que el Dios que habita la celeste altura,
Alivia el alma que se siente ansiosa,
Y le envía el consuelo, y le da el llanto
Que alivia el corazon en su quebranto.”

XLI.

“No habéis, no habéis ya mas....que oigo ese acento
Que el corazon destroza y me aniquila:
No habéis ya mas; me agobia el sentimiento,
Se humedece con llanto mi pupila;
Adios . . . ! gozad felicidad, contento,
La vida solitaria tan tranquila.
¿Me conocéis?” y al descubrirse apena,
“Yo soy . . . Elena” dijo Nereo . . . “¡Elena!”

XLII.

“Huye, muger angélica; mi vida
De llanto y paz no turbes; ya tu amante
No existe para el mundo: desprendida
Está mi alma del placer brillante
Con que ese mundo criminal convida:
Huye, Elena, de aquí, huye al instante,
No conturbes el alma solitaria
Que entre la paz eleva su plegaria.”

XLIII.

“Nereo, no . . . tambien de los placeres
De ese mundo que un tiempo me brindaba,
Quiero apartarme, escúchame si quieres:
El alma que entusiasta te adoraba
No puede estar sin tí, porque tú eres
Mi bien, mi vida . . . con amor gozaba
La paz y la quietud; sin tu amor, pena
Me causa el mundo con su gloria” . . . “¡Elena!”

XLIV.

“Calla, y huye por Dios! . . .” —“No, yo abandono
 La gloria, los placeres; bajo el techo
 Sagrado de este asilo, frente al trono
 Augusto del Señor, la paz del pecho
 Solicito . . . piedad . . . Del vil encono
 De ese mundo fatal, dó satisfecho
 El criminal se goza, yo me aparto,
 Está mi pecho de congojas harto.”

XLV.

“Quiero ante el ara del Señor del mundo,
 Derramar de dolor mi llanto ardiente,
 Quiero, apartada del placer inmundo,
 Entre las tumbas inclinar mi frente;
 Mostrar del pecho mi dolor profundo,
 Y del altar la lámpara luciente;
 Quiero que en la tiniebla taciturna,
 Su luz derrame en mi olvidada urna.”

XLVI.

“Nereo, vamos, quiero de tu boca
 Escuchar la oracion, pura, serena,
 Que ablande el alma de placeres loca,
 Esa oracion que de contento llena:
 Ya á su fin . . . á su fin . . . mi vida toca,
 Ora por mí Nereo . . .”—“Ven,, Elena . . .
 Ven, y en señal de fé, de paz ardiente,
 Llevemos esta lámpara luciente.”

XLVII.

Ven, delante la vírgen sin mancilla,
 De la tórtola bella del Calvario
 Dobleemos con fervor nuestra rodilla
 Sobre las frías gradas del santuario.
 Mojemos nuestra pálida megilla
 Con el llanto nocturno y solitario;
 Y juremos á Dios dar nuestra alma
 Hasta poder gozar de santa calma.

XLVIII.

Sí, dijo Elena, vamos; y apoyada
 Del brazo de Nereo, se apartaron
 Al interior: la noche sosegada,
 Los senderos oscuros que pasaron,
 Todo al alma dejaba atormentada;
 Y en medio del silencio atravesaron
 Claustros, pórticos, tumbas silenciosas,
 Cruces cercadas de purpúreas rosas.

XLIX.

Llegaron junto á un pórtico, dó bello
 Se elevaba un altar lleno de flores
 Rústicas de los campos, dó el destello
 De la lámpara dió, y á los fulgores
 De aquella luz, brilló sobre del cuello
 De Elena la cruz de sus amores
 Que Nereo le dió feliz, el día
 En que adorarla siempre le ofrecía.

L.

Se la quitó al momento la doncella,
 Y á los piés de la Virgen dolorosa,
 Regada con el llanto de la bella
 La colocó Nereo, y silenciosa
 Quedó Elena espresando su querella
 En lo interior del alma que angustiada
 La paz buscaba; y luego de rodillas
 Se puso, y mojó el llanto sus megillas.

LI.

Miéntas Elena reclinó su frente
 Al pié de una columna, entre las flores
 Del pobre altar, la lámpara luciente
 Puso Nereo; y nítidos fulgores
 En torno derramó, resplandeciente
 La luz cual de mil astros brilladores,
 Miéntas Nereo, con eco de esperanza,
 Levantó esta oracion en alabanza.

LII.

“ Ante tu imágen sagrada,
 Vertiendo el llanto de pena
 Llegamos, vírgen, serena
 De nuestro pecho el pesar.

En señal de la fé viva
 Que en nuestras almas tenemos,
 Aquí á tus plantas ponemos
La lámpara del altar.

LIII.

“ Cuando aparezca la aurora,
 Y aroma vierta en las flores,
 Y canten los ruiseñores
 En el saúz del raudal.
 Al salir del sueño dulce
 Y nuestro himno levantemos,
 A tu nombre avivarémos
La lámpara del altar.

LIV.

“ Cuando se eleven las nubes,
 Cuando estalle la tormenta,
 Si una ráfaga violenta
 La luz viniese á apagar;
 Al relámpago del rayo
 Miéntas incienso quememos,
 Llenos de fé encenderémos
La lámpara del altar.

LV.

“ Al irse la tarde triste
 Con sus brisas tras los montes,
 Y queden los horizontes
 Cubiertos de oscuridad;
 Miéntas las flores nocturnas
 En tu peana reguemos,
 Llenos de amor cuidarémos
La lámpara del altar.

LVI.

“ Si se eleva en el Oriente
 La blanca, apacible luna
 Que al criminal importuna
 Con su brillo celestial,
 Nos verás himnos cantando
 De religion sacrosanta,
 En tanto su luz levanta
La lámpara del altar. ”

LVII.

“ ¡Oh vírgen pura, si el pecho
 Alguna vez desfallece,
 Y si nuestra alma padece
 Las angustias del pesar;
 Conserva el fuego sagrado
 De nuestra fé sin mancilla,
 Mientras con su fuego brilla
La lámpara del altar. ”

LVIII.

“ Y cuando al salir del mundo
 Nos remontemos al cielo,
 Haz que con rápido vuelo,
 De la mansion celestial
 Bajen los ángeles santos,
 Que conserven esa lumbre,
 Para que siempre te alumbre
La lámpara del altar. ”

LIX.

“ Y permite, Vírgen pura,
 Que á nuestra tumba sombría
 Cuando se levante el día
 Con su bella claridad;
 Y cuando bajen las sombras
 De la tiniebla nocturna,
 Mande su luz taciturna
La lámpara del altar. ”

LX.

Así dijo Nereo, y al instante
 Brilló con dulce claridad hermosa
 La lámpara, esparciendo luz brillante:
 Volvió el rostro á mirar á la piadosa
 Elena, que tal vez con pecho amante
 Oraba con fé pura y cariñosa,
 Y á la Madre de Dios calma pedía,
 Para el dolor acerbo que sufría.

LXI.

“ Ya tengo paz,” Nereo con voz bella
 Dijo, y á Elena con amor llamaba;
 Pero no se movía la doncella
 Al oír el eco que entusiasta amaba.
 “ Elena . . . Elena . . . calma tu querella,”
 Nereo dijo . . . en vano reclamaba
 El silencio, con voz triste é incierta,
 Elena dejó el mundo . . . estaba muerta.

LXII.

Nereo lleno de dolor, apena
 Quiso alzarla, las fuerzas le faltaron,
 Nubló su frente sin piedad la pena,
 Llanto ardiente sus ojos derramaron;
 Mas luego la razon volvió serena,
 Mil ideas en su alma se cruzaron,
 Y lleno de fé pura y de esperanza,
 A Dios alzó de gloria una alabanza.

LXIII.

En tanto ya por el lejano Oriente
 Asomaba el lucero matutino,
 Nereo, lleno de esperanza ardiente,
 Fué á orillas del arroyo cristalino,
 Y al murmurio feliz de la corriente,
 Al susurro del céfiro divino,
 De mirto, y de jazmin y de azucena
 La guirnalda tegió para su Elena.

LXIV.

Bajo el altar sagrado de María
 Cavó para su amor la sepultura,
 Y cuando apénas asomaba el día,
 Al derramar su llanto de amargura,
 A Elena sepultó miéntras vertía
 La lámpara brillante su luz pura;
 Y cuando el sol brillaba en el Oriente,
 Nereo alzaba á Dios himno ferviente.

LXV.

Todos los días al brillar la aurora,
 Al avivar la lámpara brillante
 Miéntras el sol el horizonte dora,
 Nereo derramaba por su amante
 Lágrimas tiernas, y á la misma hora
 En que Elena voló al cielo triunfante,
 En el altar la lámpara lucía,
 Como el lucero que precede al día.

LXVI.

Muchos años pasaron; el santuario
 Desierto estaba: el monge silencioso
 Que habitaba aquel muro solitario,
 De Dios gozaba el eternal reposo:
 El altar no ecsistía, ni el sagrario;
 Solo allá en el claustro misterioso
 El altar de la vírgen se veía,
 Y la lámpara aún resplandecía.

LXVII.

“Es fama que cada año,
 A la hora que murió Elena,
 Aquel recinto se llena
 De brillante claridad;
 Y mil aromas se ecshalan
 Que vierten pintadas flores,
 Cuando espatee mil fulgores
 La lámpara del altar.”